

ha perfeccionado de tal modo desde hace unos veinte años, que hoy es casi tan difícil distinguirlas cuando son fingidas como curarlas cuando son verdaderas, ya que, añade, los jóvenes aprenden á la perfección simular determinadas enfermedades para eximirse del servicio militar.»

Así, Warlomont<sup>1</sup> ha visto fijado en el escaparate de un óptico en Bélgica este escandaloso anuncio: «Miopía muy fuerte. Los miopes que leen con estos cristales se libran del servicio militar. Puede obtenerse ese grado de miopía con un ejercicio bien calculado.»

Es preciso reconocer que no nos encontramos ya en los tiempos en que se veía quién intentaba simular una hernia de las bolsas por medio de una vejiga de buey con la que las envolvían artísticamente «ó un descenso del recto ó de la matriz fabricado por medio de una porción de intestino de buey, en cuyo interior se colocaba una esponja empapada de sangre y leche que se dejaba rebasar y colgar por uno de sus extremos.»

Como dice Fodéré, estas imitaciones son groseras y no pueden engañar más que á quien no las examina.

Las hidrocefalias, los pneumatoceles, obtenidos por introducción de aire en el tejido celular subcutáneo, no se utilizan ya, y cabe preguntar cómo nuestros padres podían dejarse engañar con estas singulares imitaciones.

Pero confesemos, por el contrario, cuán difícil ha de ser descubrir simuladores como el que nos señala Zuber: Un soldado del tercer batallón de Africa, aprovechándose de sus estudios médicos anteriores, se hacía punturas á lo largo del trayecto de un nervio intercostal, por medio de tres agujas mojadas de tártaro estibiado. «Estoy todavía, dice el malogrado Zuber, maravillado del aplomo y la ingeniosidad del soldado en cuestión, y no dudo que, gracias á sus conocimientos profesionales, habría podido llegar á simular cualquiera enfermedad, aun las menos frecuentes y singulares y de conocimiento más reciente<sup>2</sup>.»

Se objetará lo especial de este caso, pero al mismo tiempo podía vender su secreto á sus compañeros ó aún enseñárselo por el simple gusto de prestar un servicio y burlar al médico, enriqueciendo con una fórmula más este famoso «catecismo de farsas» de la soldadesca, del cual habla todo el mundo y que, por lo demás, nadie ha visto.

Los progresos más recientes de la ciencia no son desconocidos de algunos simuladores, que han llegado á explotar la bacteriología en provecho

<sup>1</sup> BARTHÉLEMY, *Instruction raisonnée pour l'examen de la vision devant les conseils de revision et de réforme.*

<sup>2</sup> DUNCAN-BUCKLEY ha observado un hecho análogo en una histórica de diez y seis años.

suyo reemplazando los productos de su expectoración por esputos de tuberculosos<sup>1</sup>.

¿Quién, por lo tanto, en presencia de ligeros síntomas, aun dudosos, de una tuberculosis inicial, no se dejaría caer en el engaño aunque grosero? Antiguamente se había señalado la sustitución de heces normales por heces disintéricas. Los médicos de Africa afirman haber visto operaciones comerciales lucrativas con estos cambios de materias fecales, entre enfermos del mismo hospital, y Gentilhomme (1884) refiere que en Saigón existe todavía un verdadero mercado de *deyecciones diarreicas y disintéricas* en el momento de la salida de los buques de transporte cargados de repatriados.

Como se comprende, hay un medio sencillísimo para evitar estas sustituciones de esputos ó de heces: el espíritu menos médico, el menos científico, dirá en seguida que basta asistir á la defecación ó á la expectoración, pero es preciso pensar en ello.

Los médicos, los expertos, han dado, sin embargo, reglas para descubrir la simulación: Zacchias reconocía cinco; Marc, diez; Orfila, once; Casper, trece. Boisseau ha hecho en su libro justicia á muchas de estas generalidades, las más de las veces vulgares, algunas equivocadas y ha demostrado la inutilidad de muchas de estas pretendidas pruebas. Vamos á indicar una ó dos, porque gozan todavía de relativo crédito.

Interrogado de cierta manera por el médico, un enfermo, sobre todo si es soldado, podrá responder afirmativamente á todas las preguntas que se le dirijan; nada más frecuente que esta involuntaria sugestión del jefe militar para con un subordinado, aun fuera de los asuntos médicos. Nosotros hemos visto, sin embargo, á uno de nuestros colegas deducir la simulación porque, poniendo el dedo unas veces sobre un miembro, otras sobre otro, luego en el pecho, la cabeza, etc., y haciendo seguir este acto de la pregunta: ¿Duele aquí? ¿y aquí? el enfermo contestaba siempre afirmativamente. El pobre demostró más tarde la realidad de su dolencia, bien rara por cierto, muriendo durante una convalecencia.

La poca afición del enfermo en tomar medicamentos, es considerada por Zacchias como prueba ó indicio de engaño. Pero, sabida es la clase de remedio que las más de las veces propone el médico sugestionado por el espectro de la simulación, y no tiene nada de extraño que un enfermo se resista á aceptar puntos de fuego, purgantes, vejigatorios, dieta, etc. Aparte de esto, muchos de los simuladores aceptarán, por el contra-

<sup>1</sup> CAMPAGNANO refiere que ha visto en el hospital simuladores que se llenaban la boca de esputos que acababa de expectorar un tísico; luego, en el momento de la visita, y delante del médico, los expulsaban después de simular un acceso de tos. (*Mein de Dorotea*, 1819)

rio, los medicamentos, tomarán los brebajes más repugnantes, las medicaciones más molestas, al objeto de convencer al médico de la realidad de su afección. ¿Deberá por esto deducirse que no simulan? Cualquiera que haya visitado, por poco que fuera, las cárceles, los penales, habrá podido convencerse de lo contrario.

Hemos visto muy preocupado á un médico que, habiendo amenazado á un simulador con una operación, le costó gran trabajo salir del apuro, porque el pretendido enfermo, no sólo consentía en ello, sino que además reclamaba á voz en grito que le practicaran la operación inmediatamente. Esta clase de amenazas puede tener malas consecuencias, y Derblich refiere »que un recluta de constitución débil á quien se amenazó con una gran operación quirúrgica para una pretendida incontinencia de orina, fué presa de palpitations cardíacas muy acentuadas, de movimientos coreicos en los miembros superiores y temblores que no cesaron hasta después de un tratamiento largo y minucioso.»

Aparte de eso, pueden clasificarse los medios para confundir á los simuladores en tres grupos:

- 1.º *Procedimientos científicos.*
- 2.º *Procedimientos de violencia.*
- 3.º *Procedimientos de astucia.*

**Procedimientos científicos.**—Heller, en una memoria muy interesante<sup>1</sup>, dice que el médico deberá fijar su atención en los casos siguientes:

- 1.º *Cuando se encontrará en presencia de síntomas desconocidos por no entrar en el cuadro de ninguna afección descrita.*

Por excelente que sea esta indicación, todavía no debe concedérsele una ciega confianza. Zuber escribía, hace apenas quince años, que «las parálisis aisladas de un miembro son casi un absurdo en clínica,» y añadía: «algunos de estos simuladores prefieren acusar una impotencia parcial del miembro, añadiendo una desaparición más ó menos completa de la sensibilidad.» Este médico concienzudo habría observado evidentemente monoplegias histéricas y negaba su existencia. ¿Quién, pues, intentaría hoy imitarle, como no fuera algún espíritu retrógrado, de los que prefieren abandonarse á una ciencia arcaica antes que continuar estudiando? Si Charcot hubiese seguido este camino, habría fustigado y despedido como simuladores á centenares de histéricos de ambos sexos, privándonos así de sus admirables trabajos sobre la gran neurosis.

¿Cómo hubiera un médico, veinte años atrás, tratado un fóbico cualquiera? ¿cómo habría considerado al oficial de que nos habla Juhel-Renoy,

<sup>1</sup> *Simulationen und ihre Behandlung*, 1882.

y que estaba afecto de microfonofobia? ¿cuál hubiera sido la actitud de un práctico frente á un coprolático, un atáxico-abásico, un automático ambulatorio? Vayamos más lejos, ¿quién habría admitido la existencia de la «claudicación intermitente,» descrita en el caballo por Bouley y Goubeaux, y encontrada luego en el hombre por Charcot? Podríamos añadir á esta lista el mutismo histérico, la atetosis, la enfermedad de Thomsen, uno de cuyos primeros casos fué considerado como simulación.

Deberemos, pues, guardarnos de tomar al pie de la letra la regla dada por Heller, después de otros, y no creer en una simulación por el solo hecho de ver desarrollarse una sintomatología hasta entonces desconocida, ó mejor dicho, no observada, no descrita.

Este precepto, por otra parte, supone un médico que conozca á fondo la patología, las patologías especiales (ojo, oído, laringe, sistema nervioso, etc.), y por grande que sea nuestro pundonor médico, nos vemos obligados á reconocer que esta regla tiene sus excepciones.

Los demás preceptos de Heller, excelentes en sí, no tienen más que un valor relativo como el primero.

Su segunda regla es la siguiente: *cuando la etiología es absolutamente obscura.*

Pero ¿qué más obscuro que la etiología de innumerables afecciones, aun dejando aparte las del sistema nervioso? No hace todavía un siglo, en una época en que las frecuentes guerras daban lugar á numerosas y persistentes simulaciones, un médico legista había emitido ya una regla de la misma índole: «Si un hombre, decía, que á la víspera se encontraba bien y no ha hecho ningún exceso en las seis cosas llamadas no naturales, aparece de pronto *hinchado, icterico*, etc., ¿no debe sospecharse el artificio?»

Las seis cosas no naturales nos hacen reir ahora, y, sin embargo, quién sabe si nuestros datos etiológicos, patogénicos, producirán semejante efecto á nuestros nietos, y se concibe en qué errores se caería si se siguiera este singular aforismo.

La *marcha irregular de la enfermedad*, su *terminación brusca* deben también, según Heller, llamar nuestra atención. Pero por ventura, la irregularidad ¿no es de regla y casi un elemento de diagnóstico en muchas de las afecciones nerviosas? El mutismo histérico y gran número de accidentes de igual naturaleza, parálisis, contracturas, ¿no están caracterizados precisamente por un comienzo y una terminación bruscos? «Hasta puede suceder, decía Charcot, que un hombre, en proceso con una compañía de seguros, porque reclama una indemnización fundada en una

monoplegia braquial sobrevenida en un incendio, cure rápidamente el día que gane el proceso.»

¿Cuál hubiera sido la conducta de Percy ante un mudo histérico, cuando él afirmaba que todo mudo que saca la lengua y la mueve, si no es sordo es un impostor?

Se ve, pues, que fuera de algunos signos objetivos difíciles y hasta imposibles de simular y de imitar, cuya enumeración creemos inútil, es prudente usar cierta reserva en los juicios, y que la ciencia dista mucho de permitirnos ser siempre, en materia de simulación, tan afirmativos como lo son algunos médicos legistas en materia criminal.

**Procedimientos de violencia.**—Muy usados antes, eran á veces los únicos empleados, y el papel del médico en muchos casos difería poco del de un verdugo. No era necesaria la calidad de médico para confundir á los simuladores.

Tal, por ejemplo, el ayudante mayor de caballería de que habla Jourdan le Comte, «que, encontrándose en presencia de un soldado que fingía caer presa del gran mal y sospechando una estratagema, elige el momento de un ataque, hace encender una vela y anunciando á toda la compañía que un hábil médico, al cual había consultado, le había indicado dos medios seguros de curar esta enfermedad, saca impávido una barra de lacre de su bolsillo, hace poner al descubierto el vientre del soldado en convulsión y, al tener bien encendido el lacre, deja caer un ancho sello inflamado sobre la piel del vientre; la quemadura pareció tan viva al pretendido epiléptico que salió súbitamente de su desvanecimiento convulsivo para apagar el lacre encendido y quejarse del rigor del remedio.—Muchachos, gritó entonces el oficial á sus soldados, estoy encantado de ver que el remedio de mi médico ha producido un efecto tan sorprendente; pero me ha indicado además otro, asegurándome ser todavía más seguro; consiste en calentar el extremo de una pistola de arzón y una vez puesto al rojo aplicarlo sobre el ombligo de los que caigan afectos del mal caduco; yo os ordeno que tengáis siempre una puesta al fuego dispuesta á servir, para que pueda emplearla en el primero que sea víctima de esta enfermedad.—Se encendió el fuego, se puso en él la pistola durante varios días y, á partir de entonces, no hubo un solo soldado afecto del gran mal.»

Esta terapéutica del todo militar, que no exige conocimientos médicos profundos, había sido, afirma el autor, empleada por el ilustre Boerhave en diversos hospitales para destruir enfermedades en que entraba más la astucia que el dolor. Durante el Imperio, el mismo Percy había recurrido al lacre fundido.

Zacchias hacía azotar á los locos, escudándose con este dilema: si la locura es verdadera, se harán circular los humores morbíficos; si es falsa, no seguirá el engaño. Sauvage sometía al látigo á las muchachas de las que sospechaba simulación.

Fodéré afirmaba que el mejor remedio era explorar por la aplicación del fuego, y no dudaba en azotar duramente á las gentes para curarlas.

La ingestión inmoderada de agua caliente, ó sea la antigua pregunta del agua, empleada por Cadet de Vaux contra la gota, fué usada por Fallot para curar un enfermo afecto de ciática sospechosa. «Yo quisiera saber, dice Boisseau, si habría alguien que, aun afecto realmente de ciática, no se declarara curado para escapar á semejante suplicio.»

Se ha citado el caso de un hombre que simulaba una parálisis del brazo derecho, á quien se dejó caer al agua, se hundió y luego de pronto echó un terno y se puso á nadar. «Lo que dió mejor resultado, decían Percy y Laurent, en un caso de rabia simulada, fué la amenaza que se hizo al recluta de ahogarle entre dos colchones para evitar que dañara á los demás.»

Si estas maniobras torturantes desaparecieron poco á poco de la práctica médica, no por esto se abusó menos de los cauterios, de las moxas, de los vejigatorios, de los puntos de fuego y de las escarificaciones, y Fallot sostiene que no sólo está permitido, sino ordenado por la razón y la justicia, someter á estas pruebas á los hombres en los cuales se presume la simulación y á quienes no puede convencerse á las buenas y por la persuasión. En estos casos, añade, es preciso usar sin escrúpulos los vejigatorios, la urticación y las moxas, porque siendo buenos estos remedios para las enfermedades que se simulan, si son rechazados por los pretendidos enfermos resultan éstos sospechosos.

Percy, quien, á pesar de todo, aconsejaba inclinarse siempre á suponer más bien la simulación que la realidad porque de este modo no se corría ningún riesgo, fué de los primeros en protestar «contra el empleo de los medios violentos, los ensayos dolorosos y torturantes, que, sin hacer confesar nada á los individuos robustos y decididos, llenaban de espanto é indignación á los espectadores. Esta conducta, indigna de personas correctas y delicadas, está reprobada por la justicia y la razón. Todos los medios violentos deben rechazarse por impolíticos, ilegales, crueles y peligrosos; son ineficaces y falsos y no pueden dar más que resultados contradictorios.»

Y sin embargo, á pesar de estas nobles palabras, Percy no dudaba en hacer administrar á un individuo que simulaba incontinencia de orina «veinte latigazos con vergajo en la región renal con la supuesta

intención de fortificar los riñones y dar tonicidad al propio tiempo á la vejiga.»

No hay un solo médico de los que han tratado de la simulación, que no haya condenado en términos más ó menos pomposos el empleo de los medios de rigor; pero no sabemos si de hecho existe uno solo, aun entre los más moderados, que no los haya usado.

Así, por ejemplo, Derblich, después de haber dicho que las duchas frías, la electricidad, etc., «no deben emplearse más que por rigurosa indicación científica,» refiere en una de las raras observaciones personales de su libro, que «el empleo de duchas de agua fría, á pesar de la oposición del enfermo, durante y después de los accesos de tos espasmódica, combinado con la dieta, hizo cesar pronto en este hombre toda idea de librarse á nuevos ejercicios inspiratorios y vino á demostrar que era completamente apto para el servicio militar.»

Mi malogrado colega y amigo Duponchel ha sido el único que ha tenido la franqueza de expresar su opinión cuando hablaba de la tendencia actual «en caer cada día más, respecto á los simuladores, en un sentimentalismo verdaderamente fuera de lugar.»

Bégin, Boisseau, etc., confiesan haber hecho uso del fuego.

Uno de los medios dolorosos más prácticos y empleados es el de las corrientes eléctricas farádicas, que hasta el presente por lo menos no parecen haber tenido nunca inconvenientes notables para la salud; pero, como hace notar acertadamente Duponchel, este medio no surte efecto en ciertas anestias histéricas.

Ya sabemos, por otra parte, que en estas circunstancias se arguye y se pretende, como Percy con sus latigazos, que las corrientes interrumpidas se aplican con un fin terapéutico: lo cierto, vale más confesarlo con franqueza, es que se busca principalmente el elemento dolor.

En realidad, averiguar después de un examen que un individuo es simulador, no es recorrer más que la mitad del camino; es preciso obtener, si no la confesión escrita, siempre difícil de arrancar al simulador, á lo menos la confesión tácita demostrada por la fácil curación ó por una mejoría notable.

Efectivamente, despachar mudo á un hombre que ha entrado en el hospital por mutismo no es resolver la cuestión. Por mucha que sea la confianza que el médico inspire, quedarán siempre dudas en el ánimo de los que habrán mandado el enfermo á su examen; ellos mismos usarán estos argumentos convincentes por su vulgaridad: la medicina puede equivocarse, un médico no es infalible; se recordarán ejemplos más ó menos auténticos de error médico manifiesto; por último, alentado por el

fracaso del médico, el simulador insistirá todavía más en su engaño y se obstinará en él, comprendiendo la incertidumbre de que está rodeado su caso y que le es favorable, hasta el día en que, harto ya, cansado, casi sospechado, vendrá otro médico que acabará por ceder y declararse vencido.

Los médicos militares han visto, y nosotros también, simuladores de tal modo ejercitados, de tal manera hábiles, tan persuasivos, que sus jefes militares han considerado como crueles verdugos á los médicos que se obstinaban en descubrir el engaño, y en un caso reciente hemos necesitado una sostenida energía y una convicción muy profundas para convencer de superchería á un hombre que simulaba una cojera. Bueno es añadir que una vez hubimos triunfado de este caso, todo el mundo, incluso quien nos había tachado de bárbaros, afirmó muy alto que él había afirmado siempre la simulación.

Entre los medios dolorosos, deben contarse la dieta parcial ó absoluta, dormir en el suelo, el uso repetido de los purgantes, etc. En su libro de las enfermedades simuladas, Derblich refiere que un coronel, indignado por los malos tratos que un médico hacía sufrir á un enfermo sospechoso de simulación, no solamente hizo salir al soldado de la celda en que estaba encerrado, sino que hizo además castigar al médico, que bien se lo merecía, y que luego, para escapar á las contingencias de un consejo de guerra, hubo de tomar el retiro anticipadamente. Mejor que los consejos y las exhortaciones humanitarias, este ejemplo podrá influir favorablemente en el ánimo de los que, con demasiado celo y algo ignorantes, se empeñan en ver simuladores en todas partes.

Digamos, sin embargo, en honor á nuestra profesión, que las más de las veces no es en los médicos donde se encuentra el rigor excesivo, y que más bien se les acusa de ser demasiado indulgentes.

No entraremos en el estudio de estos medios dolorosos, porque sería un trabajo estéril, digamos además repugnante y sobre todo inútil, ya que concluimos rechazando el empleo de estos medios.

Por otra parte, la bestia feroz que anida en el corazón del hombre suplirá fácilmente nuestra abstención para los que quisieran continuar utilizando estos procedimientos dignos de los aborrecibles tiempos de la Edad Media y de la Inquisición.

**Procedimientos de astucia.**—Con el estudio de estos procedimientos gratos á Percy, entramos en el dominio de la anécdota, pues los médicos han desplegado muchas veces, en su lucha contra los simuladores, más ingeniosidad, sutileza é imaginación que estos mismos.